

**JOSE R. LEBRON VELAZQUEZ**



Sirva la vida preclara de Domingo Marrero para aleccionarnos en nuestra devoción religiosa

# PERSPECTIVA

**93**

E L N U E V O D I A - S A B A D O 8 D E A G O S T O D E 1 9 9 8

## Domingo Marrero

**L**a personalidad ingente de Domingo Marrero adquiere perfiles inexhaustivos y, rebasando los límites de la muerte, cobra vigencia siempre actuante en el destino de nuestro pueblo. Es convocatoria para reafirmar los valores de la paz, la justicia y la igualdad y se convierte en la figura simbólica e inspiracional del Protestantismo, en preparación para la observancia del centenario de la presencia evangélica en nuestra Isla.

Ha sido un acierto de la Comisión del Centenario Protestante, bajo los auspicios de la Fundación Puerto Rico Evangélico, haber escogido a Domingo Marrero para dedicarle los actos de las efemérides de la obra misionera que nos trajo un Evangelio de poder, que transforma, salva, sana y santifica con autenticidad prístina y que ha hecho un fuerte impacto en la conciencia nacional de un millón y medio de almas rendidas a Cristo.

Es el creador de una nueva teología que pretende destacar las vivencias de un cristianismo que se enmarca en el Sermón de la Montaña en toda su belleza, en toda su sencillez y en su llamado al amor, al perdón, a la entrega, al espíritu de servicio y al altruismo como razón de ser.

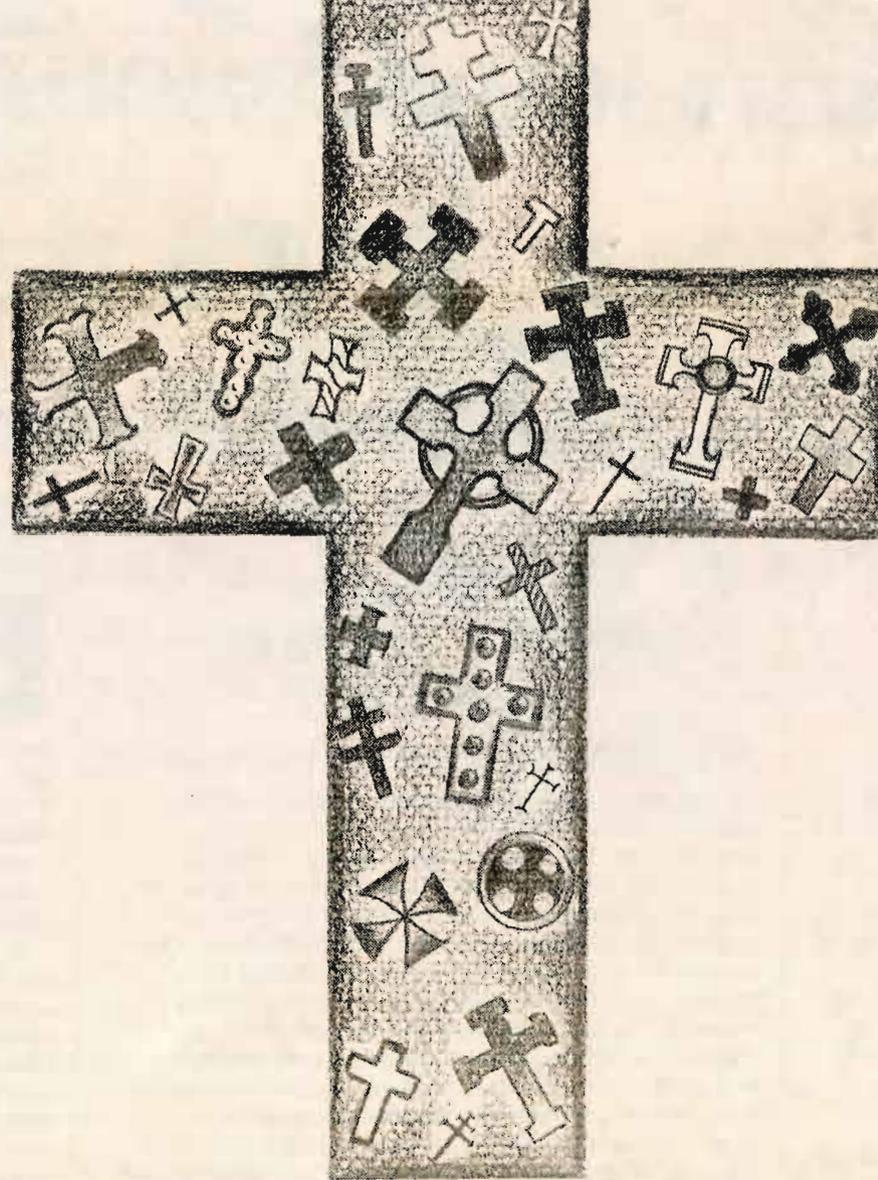
Domingo Marrero es un hombre de compromiso con la verdad, y su mensaje es un llamado a la reconciliación y a la concordia, con el mismo acento de sinceridad y elocuencia que lo convirtió en el más poderoso predicador de todas las épocas, el visionario y ungido de Dios que a pesar de su desaparición física, es el eslabón vinculante de varias generaciones de puertorriqueños.

Le conocí con intimidad cuando fungí como Presidente de la Federación de Estudiantes en la década del treinta. Él facilitaba la comunicación y a pesar de las diferencias en edad y en formación, se abría para el intercambio intelectual y para perfeccionar el conocimiento del texto sagrado. Tenía un desempeño que contagiaba. Fue mi mentor y el factor

decisivo en el derrotero de mi ministerio, que trajo controversia en esa época, porque usaba esquemas modernos en la difusión evangélica, con un enfoque eminentemente ecuménico, que superaba las vallas de la incomprensión.

Era un exégeta magistral de las Sagradas Escrituras y podía hablar de los temas más esotéricos en forma amena y

cautivadora. Por eso apasionó a la juventud. Era el maestro por excelencia, el dedicado pastor de almas, el sabio hombre de la cátedra, lo mismo en las aulas universitarias en su discurso de las humanidades, que en el Seminario Evangélico de Puerto Rico, iluminando y rompiendo las murallas del fanatismo y precisando la interpretación correcta, en el



contexto contemporáneo.

Marrero fue un hombre de hondas convicciones y por ellas estuvo dispuesto a ir a la cárcel, por ser fiel a sus postulados. Era un pacifista y denunció el establecimiento en nuestra tierra del Servicio Militar Obligatorio y la conscripción nacional, levantando su voz de protesta y su pancarta antibelicista frente a las oficinas del Servicio Selectivo. Por su actuación fue imputado por el Fiscal Federal, quien llevó la causa ante el Gran Jurado, que determinó causa probable para su encausamiento.

En aquel tiempo no había los enfoques liberales de la libertad de expresión de ahora. Pero a él no lo intimidaban las consecuencias ominosas de su adhesión a sus principios. Yo estuve muy ligado a este episodio de su vida. Finalmente prevaleció la cordura y se archivó la acusación.

**M**arrero era un maestro de profundidad intelectual, pero en él no había pedantería, petulancia, vanidad ni arrogancia. Era un estudioso de Ortega y Gasset y su lectura de la obra del sabio español es texto obligado en la academia-- Ortega y Gasset o el Centauro.

Era hombre de sólida preparación académica. Graduado de la Universidad de Puerto Rico y del Seminario Evangélico, realizó sus estudios posgraduados en el Drew Theological Seminary, de Nueva Jersey. Posteriormente se recibió de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Puerto Rico y enseñó en la Escuela de Derecho de San Juan. A su muerte en el 1960, era el Decano de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico.

Sirva la vida preclara de Domingo Marrero para aleccionarnos en nuestra devoción religiosa, en el cultivo de los valores de la puertorriqueñidad y en nuestra adhesión al mensaje redentor de Jesucristo.

El autor es un ex presidente del Concilio Evangélico.